

Kamchatka

Revista de análisis cultural
N. 16



Cosas, objetos, artefactos.

Memorias materiales de la violencia en América Latina

Dossier coord. por Emilia Perassi y Fernando Reati

COSAS, OBJETOS, ARTEFACTOS. MEMORIAS MATERIALES DE LA VIOLENCIA EN AMÉRICA LATINA

KAMCHATKA. REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL 16 (2020)

Dossier coordinado por EMILIA PERASSI Y FERNANDO REATI

FERNANDO REATI, EMILIA PERASSI. Cosas, objetos, artefactos. Memorias materiales de la violencia en América Latina.

EMILIA PERASSI. Objetos-testigo. Fracturas y reconstrucciones del relato identitario.

FERNANDO REATI. La memoria de/en los objetos. Artesanía, dibujos y bordados clandestinos de los presos políticos en la cárcel de Córdoba (Argentina, 1976-1979).

TERESA BASILE. Los objetos en los escenarios de la memoria: aproximaciones teóricas y análisis de ejemplos referidos a los hijos de desaparecidos en Argentina.

LAURA SCARABELLI. Las frazadas en la memoria de la dictadura chilena: el caso de Jorge Montealegre.

EMANUELA JOSSA. Cosas, pruebas, indicios: los restos del conflicto armado en el Salvador.

SANDRA LORENZANO. Naufragios.

Imagen de portada:
heladera en habitación vacía en El Olimpo,
ex-centro clandestino de detención en Argentina.
Fotografía de Fernando Reati.

PRESENTACIÓN DEL DOSSIER

COSAS, OBJETOS, ARTEFACTOS.

MEMORIAS MATERIALES DE LA VIOLENCIA EN AMÉRICA LATINA

Things, objects, artifacts. Material memories of violence in Latin America

EMILIA PERASSI

UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI MILANO (ITALIA)

emilia.perassi@unimi.it // orcid.org/0000-0002-2070-2670

FERNANDO REATI

GEORGIA STATE UNIVERSITY (EEUU)

freati@gsu.edu // orcid.org/0000-0002-8158-7960

En un congreso que se llevó a cabo en Nápoles del 9 al 12 de octubre de 2019, bajo el título “El imaginario testimonial en América Latina: sueños, lugares, artefactos” y coordinado por Maria Alessandra Giovannini y Francesca De Cesare, algunas ponencias se centraron más en las manifestaciones físicas del recuerdo que en sus representaciones discursivas a través del cine, la literatura o el testimonio. Es decir, aquellas cosas que podemos ver, palpar, oler, fotografiar, guardar en un cajón o tirar a la basura, más cercanas a lo material que a lo mediado por un relato verbal o visual. No quiere decir esto que un relato no sea también un ‘artefacto’ en el sentido de una construcción, ni que lo material no sea también un acto discursivo toda vez que podemos interpretar lo que nos dice. Pero seguramente estaremos todos de acuerdo en que existe una diferencia (si bien sujeta a debate e interpretación) entre aquello dicho en forma de relato y aquello hecho de materia.

Algunos de quienes presentamos en Nápoles trabajos con el acento puesto más en las cosas que en las palabras, decidimos seguir profundizando en lo que podríamos llamar *la memoria de los objetos y los objetos de la memoria*, prestando especial atención a los aspectos visuales y materiales del recuerdo. A partir de allí surge este pequeño dossier que busca continuar un diálogo con otros participantes de aquel congreso y con quienes se dediquen a temas semejantes. Por supuesto, fueron muchas y excelentes las contribuciones provenientes de Europa, América Latina y Estados Unidos. Lamentablemente, una simple limitación de espacio nos impide incluir aquí las contribuciones de muchos colegas cuyas voces merecerían ser igualmente escuchadas, como

Emilia Perassi y Fernando Reati

“Cosas, objetos, artefactos. Memorias materiales de la violencia en América Latina”

Kamchatka. Revista de análisis cultural 16 (Diciembre 2020): 257-260.

ISSN: 2340-1869 DOI: <https://doi.org/10.7203/KAM.16.62335>

Valentina Ripa, Alessandro Rocco, César Zamorano Díaz, Rosa Maria Grillo, Miriam Chiani, Ramón Inama, Andrea Pezzè, Ilaria Magnani, Camila Cattarulla, Cecilia González y tantos otros.

Diferentes experiencias e iniciativas nos sirven de inspiración a riesgo de incurrir en involuntarios (y admirativos) plagios. Una sin dudas es la convocatoria a un número especial en esta misma revista *Kamtchatka* bajo el título “La memoria de las cosas. Cultura material y vida cotidiana durante el franquismo”. La certeza y el poder de síntesis de ese título —la memoria de las cosas— es tal que nos lo apropiáramos con gusto para el caso latinoamericano si no fuera esto demasiado atrevimiento. Porque de eso precisamente se trata: de que las cosas guardan una memoria particular del pasado, y la cultura material nos revela lo sucedido tanto como aquellos otros productos considerados netamente ‘culturales’ tales como la literatura, el cine o el arte. La coordinadora de esa convocatoria sobre el caso español, María Rosón Villena, señala que es mucho lo que podemos aprender de los múltiples objetos que rodean la vida de los individuos: objetos a veces mínimos, domésticos, efímeros y aparentemente triviales, pero tan significativos como las grandes batallas, las luchas políticas o los movimientos sociales. Esos objetos, explica Rosón Villena, especialmente en contextos traumáticos de represión o en situaciones de post violencia pueden convertirse en “refugios emocionales” para quienes los usaron, atesoraron o escondieron para preservarlos. La relación de las personas con la cultura material —cartas, libros, fotos, recuerdos, pañuelos, dibujos, especialmente si pertenecieron a seres queridos— no es puramente utilitaria sino sobre todo emocional. Por eso, Rosón Villena destaca que las cosas nos ayudan a construir identidad y forman parte de una historia de las emociones y los afectos. Son objetos producto de la memoria y a la vez productores de memoria: se los guarda porque son el recuerdo de algo, la evidencia de lo que sucedió, y a la vez nos ayudan a recrear (reinterpretar) eso que sucedió. Son el resultado y el sostén de la memoria.

Dice Rosón Villena que la “física de los objetos” permite una evocación del pasado diferente a la que producen las palabras. Y que los procesos sociales y culturales afectan por igual a las personas y los objetos. Esto nos remite a una idea parecida en un artículo reciente de Leonardo Sabbatella sobre los libros prohibidos que muchas familias argentinas enterraron durante la dictadura de los 70 con la ilusión de rescatarlos en el futuro. En “El libro como semilla de supervivencia”, Sabbatella explica que en casi todos los casos los libros se arruinaron por efectos de la humedad bajo tierra; cuando salieron a luz décadas más tarde, rescatados por los dueños o sus descendientes, ya eran prácticamente ilegibles. Pero su valor ya no radica en su contenido de palabras sino en la “materialización de una experiencia de vida” (18) de sus propietarios, militantes o familiares de militantes que sufrieron los efectos del terror. Son objetos, dice Sabbatella, en los que se puede leer una época, mereciendo que se haga con ellos “una arqueología política de las bibliotecas enterradas para reconstruir los efectos de la persecución ideológica” (18). Se lee en ellos “las marcas directas e indirectas que la violencia estatal ha producido sobre esos objetos. Y en los cuerpos detrás de los objetos” (19). Son verdaderos restos arqueológicos del pasado: no por casualidad son precisamente arqueólogos y paleontólogos profesionales quienes colaboran a veces en el desenterramiento y preservación de esos libros apelmazados y convertidos a menudo en un revoltijo de papel indescifrable.

Los objetos son a menudo cosas de uso personal convertidas involuntariamente en evidencia de algo traumático. Por ejemplo, las montañas de zapatos, anteojos o maletas de los

judíos asesinados que hoy forman parte del museo de Auschwitz: sus dueños no imaginaron jamás que esos adminículos formarían parte un día de una exhibición. O, por el contrario, a veces son objetos creados ex profeso por las víctimas para aliviar o testimoniar su paso por el infierno, como los dibujos hechos por niños en el campo de concentración de Terezin. Unos y otros forman parte de una topografía de la memoria; topografía que engloba tanto los espacios donde se produjeron los hechos como los objetos que, voluntaria o involuntariamente, quedaron como evidencia de esa experiencia. Así, por ejemplo, en el caso argentino esa topografía de la memoria incluye los ex centros clandestinos de detención y tortura (edificios, barracas, casas) hoy convertidos en sitios de memoria, y asimismo las cosas que posteriormente se encontraron en ellos o que los sobrevivientes lograron conservar al salir en libertad: artesanías, cruces, dibujos, piezas de ajedrez en miga de pan. Topografía, entonces, del espacio y de la materialidad del recuerdo: lugares y cosas.

El concepto mismo de topografía de la memoria encierra una paradoja por la conexión que establece entre la memoria de los hechos, los escenarios donde ocurrieron y los objetos materiales que generaron. En efecto, cuando hablamos de recuerdo nos referimos a una dimensión temporal: el recuerdo es una recreación presente de algo que sucedió en el pasado. Pero a la vez, nos referimos a una dimensión espacial: el recuerdo se reactiva y se reactualiza en y gracias a los sitios y objetos específicos que lo desencadenan. Maurice Halbwachs, conocido por su formulación de que toda memoria individual se produce dentro de determinados *marcos sociales* (*cadres sociaux de la memoire*) y de que no se recuerda aquello que se quiere sino lo que esos marcos sociales permiten, sostiene además que la memoria se produce dentro de marcos espaciales. Así, nuestra infancia se nos presenta personificada en la cocina donde nuestra madre nos dio de comer o en el patio escolar donde corrimos. Vale decir, el rescate del pasado sólo se entiende en relación a su preservación en un medioambiente físico: nuestro pensamiento “debe enfocarse en el espacio si queremos que tal o cual categoría de recuerdo reaparezca” (Halbwachs, 23). Y lo mismo ocurre con ciertos objetos que usábamos: el yoyo con que jugábamos de niños, la muñeca que vestíamos.

Los lugares y los objetos aparentan ser inmutables (claro está, engañosamente porque nada permanece igual), y eso nos presta un ilusorio anclaje en medio de la vertiginosa corriente del tiempo. Pareciera que sólo podemos aprehender el pasado a través de lo espacial y lo material, y que la memoria colectiva en particular se basara en “imágenes espaciales” (Halbwachs, 16). El grupo social modifica su medio ambiente y a la vez sufre su influencia, dialéctica en la que cada parte de la ecuación crea y es creada por la otra: “El grupo no sólo transforma el espacio en el cual ha sido insertado, sino que también cede y se adapta a su medio ambiente físico [...] De esta manera entendemos por qué las imágenes que nos formamos de nuestro espacio son tan importantes para la memoria colectiva” (Halbwachs, 13). En pocas palabras, producimos socialmente los lugares y las cosas que contienen, y somos producidos por ellos.

De allí la enorme atracción que suscitan en nosotros los restos materiales del pasado, cosas no inertes sino plenas de vida, de significados, como botellas de naufrago que contienen fascinantes mensajes. Los trabajos reunidos en este dossier intentan dar la palabra a las cosas y escuchar atentamente lo que tienen para decirnos.

BIBLIOGRAFÍA

HALBWACHS, Maurice. “Espacio y memoria colectiva”. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* 3, 9 (1990): 11-40.

SABBATELLA, Leonardo. “El libro como semilla de supervivencia”. *Suplemento Ñ* (10 de marzo de 2018): 18-19.